

Artisanos relojeros

El pueblo navarro de Betelu, aun cuando últimamente se nos presenta como casi exclusivamente dedicado a la agricultura y a la ganadería —en la actualidad podemos afirmar que su actividad fabril se reduce a una industria metalúrgica, a otra de productos lácteos y a la planta de embotellamiento, como agua de mesa, de los manantiales del antiguo Balneario—, si hurgamos un poco en su pasado no nos será difícil comprobar que en esta villa no han estado ausentes las inquietudes de tipo industrial, más o menos importantes. Sin abandonar el cultivo de la tierra, base y sostén sobre el cual, al igual que en otros lugares, ha descansado la economía del pasado de nuestro pueblo, Betelu ha contado con explotaciones mineras, ferrerías, fundición de hierro y su «pertz-ola», así como también ha tenido artesanos que se han dedicado a la elaboración de chocolates, a la confección de alpargatas y a la construcción de relojes de torre. Nosotros, hoy, nos ocuparemos de esta artesanía de la construcción de relojes, que durante casi dos siglos y representada por una familia, ha estado identificada con la vida de este pueblo.

* * *

Dentro del término municipal de la villa, varias de las casas de Betelu, algunas de ellas solariegas, separadas por pequeñas huertas, se estiran a ambos lados de la carretera. Parece como si se asomaran a despedir al que por allá pasa de largo. Una de estas casas, que se encuentra a la salida del pueblo, y a la izquierda, según vamos de Guipúzcoa, es la que lleva el delicado nombre de «Etxetxo».

Entre dos árboles que sombrean a parte de su fachada, «Etxetxo» es una hermosa casa de bajo y tres pisos. La construyó Juan José Yeregui, en 1856. Tanto esta fecha como el nombre de familia del primer propietario, se hallan forjados en el hierro de sus balcones. En la parte central delantera de «Etxetxo», sobre una pequeña explanada de cemento, dos maceteros con cuidadas flores, ponen una nota agradable y de buen gusto. Detrás de estas flores, semi-cerrada, queda una pesada persiana de hierro, y cerca, separado por el hueco del portal, reparamos en un banco de madera que se apoya en el recio antepecho de piedra de una ventana ornada por unos tiestos de geranios. En esta

casa vive Andrés Yeregui. El octogenario Yeregui que, aunque retirado ya del oficio, sigue siendo conocido por el «errementari zarra» de Betelu.

Los Yeregui, y aquí nos referimos únicamente a los herreros-relojeros que han figurado al frente de la fragua de Betelu, son oriundos de Leiza, villa de la cual llegaron a fines del siglo XVIII.

Mas dejando para más adelante el ocuparnos de esta dinastía de artesanos y de una pequeña parte de su obra, seguidamente facilitaremos algunos detalles acerca del fabricado de relojes de torre, ya que ha sido con estas máquinas como el nombre de Yeregui ha llegado a acreditarse en el oficio y a ser conocido lejos de los límites del término municipal donde se ha ubicado su modesta fragua.

Para su trabajo, los Yeregui se han servido de los siguientes útiles: una fragua («sutegia») tres taladros accionados a mano, para con ellos agujerear el hierro; un fuelle («aspoa»); un yunque («txinkotea»); torno («tornua») movido a brazo; lima («lime»); doce punzones («punteroak»), todos de distinto diámetro, con los que perforaban el hierro al rojo vivo; doce brocas o barrenas de boca cónica («metxak»), con las que en el hierro conseguían los orificios del diámetro deseado; seis cortafríos o cinceles, utilizados para cortar el hierro; tres terrajas con sus correspondientes machos; una plantilla sobre la cual se marcaban los dientes de las ruedas que lleva el reloj; una pila para el agua y una piedra de aguzar la herramienta, que la movían a pedal. Además de varios martillos («esku-malluk»), porras («mallu aundik») y tenazas («tenazak»).

Los primeros «errementaris» de esta familia compraban el hierro en la ferrería de Betelu que se hallaba a la salida de la villa, a la derecha si miramos en dirección a Lecumberri. Al desaparecer esta «ola», Bonifacio Yeregui, que era el padre del actual «errementari zarra», se proveía de esta materia prima para su trabajo en Ibarra, en la industria de los Echániz, y más adelante, al desaparecer asimismo esta «pertz-ola» ibartarra, Andrés Yeregui se abastecía de Tolosa, de la casa Calparsoro, que más tarde se convertiría en Calparsoro y Zubillaga.

Seguidamente facilitaremos algunos detalles acerca del mecanismo más importante del que se compone uno de aquellos relojes de torre que, contruidos por estos artesanos, daban las horas y medias. Así como también nos detendremos en el proceso seguido por Yeregui para la obtención de algunas de sus piezas.

Pero comenzaremos por hacer una indicación previa. Aunque suponemos que el lector lo sabrá inferir, no estará de más apuntar que las ruedas de estos viejos relojes, excepción de las llamadas imperiales, engranan con su correspondiente piñón.

ARTESANOS RELOJEROS

El reloj de horas y medias es de dos cuerpos: uno, de movimiento, y otro, de sonería que van colocados en un amazonaje metálico. En el interior de este bastidor van otros pilares de hierro, en los que descansan los ejes, que llevan unos pivotes de bronce. Estos ejes giratorios atraviesan los bujes de las ruedas y piñones.

El cuerpo de movimiento lo forman la rueda imperial, que lleva su tambor donde se arrolla el cable de la pesa; en el eje siguiente, y en el lado opuesto a la imperial, va otra rueda, cuyo cometido es poner en movimiento los engranajes del minuterio; en un tercer eje vemos una rueda cuya misión se reduce a accionar a otra llamada «catalina».

Esta rueda «catalina», conocida asimismo como de escape, pone en movimiento el áncora, que se sujeta en el eje que atraviesa la parte superior del amazonaje.

El áncora, a golpe de diente de la rueda «catalina», empalma, moviéndola, a la ballesta del péndulo, que pende por medio de dos muelles de suspensión de la parte alta del bastidor. El péndulo regula la marcha del reloj.

El cuerpo de sonería va en el lado opuesto al del movimiento. Aquí también la primera rueda es la imperial, con el tambor para arrollar el cable, en cuyo cabo lleva la pesa que, por la fuerza de la gravedad, hace girar a la rueda, y de esta manera pone en marcha el reloj. Esta imperial engrana con el piñón de otra rueda, que lleva unas clavijas llamadas de tocador, que impulsan a un levantador que acciona sobre el martillo de la campana.

En el tercer eje tenemos a la rueda que hace funcionar al regulador de los toques del reloj. El regulador es una ventosa de hierro que en su centro, y envolviendo al eje, lleva un muelle.

En el eje superior de la sonería se encuentra el disparador, que funciona sobre la rueda del mismo nombre y que a cada hora da un giro de 360 grados y va unido al minuterio. Sobre este eje, que de uno de los pilares del centro arranca hacia el exterior del bastidor, embutido e independiente, va otra barra sobre la cual gira, cada doce horas, la rueda caracol, que es el contador y la que hace marcar las horas. A esta barra o eje se le aplica una transmisión que le une a la rueda de la minutería.

Estos relojes llevan, asimismo, una pieza llamada sierra y que el disparador la deja caer sobre la rueda caracol. Cada diente de esta sierra equivale a un toque de hora.

El artesano Yeregui, el amazonaje o bastidor lo conseguía trabajando una llanta de hierro, que la sujetaba por medio de cuatro tornillos. Su forma, al igual que las medidas, no siempre eran las mismas; pero como tipo más corriente de bastidor lo podemos considerar al de metro y medio de largo por ochenta centímetros de ancho.

Para hacer las ruedas forjaba una llanta de hierro de cinco centímetros de ancho por uno de grueso. El diámetro de la mayor viene a ser de cuarenta y cinco centímetros, y de treinta y veinte centímetros el de las restantes. Estas ruedas, colocadas encima de sus respectivas plantillas, las dentaba a mano, a cincel y martillo. Mas antes de llevar a cabo esta operación de dentado, era preciso calcular la altura donde debía ir colocado el reloj. Por ejemplo, una rueda de cuarenta dientes y un piñón de diez, requería ser montado a menos altura que otro reloj cuya rueda imperial fuese de treinta dientes y el piñón de ocho.

A continuación de las ruedas lograba sus respectivos piñones y ejes. Los piñones son de acero templado y los trabaja en el «sutoki» o fragua, y en el yunque. El piñón mayor era, o es, de cinco a siete centímetros de diámetro; unos cinco tenía el tamaño siguiente y de tres centímetros era el menor. Los dientes, tanto los de las ruedas como los de los piñones, antes de colocarlos en el bastidor, los desbastaba a lima. Las ruedas iban reforzadas por medio de dos barras de hierro en forma de cruz.

UNA DINASTIA DE «ERREMENTARIS»

Dedicaremos unas líneas a la dinastía Yeregui. A esta dinastía, que durante casi dos siglos, sin abandonar los trabajos propios de la herrería en general, ha vivido, de forma muy especial, entregada a la construcción de relojes.

Entre nosotros, la artesanía relojera no es precisamente de hoy. Esto nos lo viene a corroborar lo que el año 1766, y refiriéndose a dos ayarras del siglo XVI, comentara la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País, y que recogido en la G. del P. V. N., dice así: «En la ferrería de Ariztarrazu, Aya, se trabajó un reloj de sala, que hace más de quince años anda con la mayor exactitud, por dos hermanos Echabes, mozos sin escuela y que no tenían más idea de reloj que el haber visto uno con alguna atención y cuidado».

Pero sin remontarnos tanto en el tiempo, tampoco los Yeregui son de ayer. El primer herrero relojero de esta familia de quien tenemos noticia, es Francisco Yeregui Zabaleta.

Francisco Yeregui nació en Leiza el año 1760, y en un principio trabajó de «zurgin» (carpintero). Y dedicado a este oficio es cuando, después de examinado el reloj de la parroquia de su pueblo —y a éste también le podemos aplicar el «con atención y cuidado» de los artesanos de Aya—, y guiado únicamente de su innato ingenio, construyó su primer reloj, que sería todo él de madera. Esta máquina daba las horas y medias sin repetición, y con él acudió a una exposición que a la sazón se celebraba en Pamplona. El reloj de Yeregui,

por su perfección y originalidad, atrajo la curiosidad de los versados en esta clase de trabajos. La única objeción que tuvo la obra de este artesano se debía a la primera materia utilizada en su construcción, que no se la consideraba de buen resultado.

Animado por este para él su éxito inicial, y atendiendo a las recomendaciones que en este sentido se le formularon, Francisco Yeregui tomó la decisión de dedicarse al forjado del hierro, y de manera particular a la construcción de relojes a base de este metal.

Mas, como hemos señalado, este artesano era carpintero y no herrero, y para llevar al terreno práctico sus proyectos, a Yeregui le era preciso el previo cambio de oficio. Abandonar la carpintería, donde había dado pruebas más que suficientes de su maestría, e intentar hacerse con los secretos de otro oficio que, al menos en gran parte, le resultaba desconocido. A esta su no pequeña dificultad se sumaba el tener que abandonar la villa natal para dar con el herrero que necesitase de los servicios de un aprendiz. Y para hacer más incómoda su situación se daba el caso de que para entonces el aspirante a herrero se hallaba casado y con hijos. Pero Francisco Yeregui era uno de esos «gizones» de origen humilde y rústico que, sin más ayuda que su talento y laboriosidad, han alcanzado la meta propuesta. Y así, un buen día, y por el tiempo que durase su ausencia, sus hijos fueron recogidos por los familiares más allegados, su mujer iría de «neskame» (a servir) y Francisco Yeregui se trasladaría al valle de Larráun, con toda probabilidad a una herrería de Arruiz, donde se inició en el conocimiento del oficio, en el cual, con el tiempo, demostraría ser un consumado artista.

El período de aprendizaje de nuestro artesano se redujo a dos años. Transcurridos éstos, Yeregui volvía a Leiza y reunía a su familia.

Desde esa fecha, que la podemos fijar avanzando el último tercio del siglo XVIII, Francisco se dedicaría a forjar el hierro con destino al balconaje, a hacer diferentes aperos de labranza y útiles de cantería; pero de manera particular prestaría la atención a la construcción de relojes, que, los más, irían a parar a las torres de nuestras iglesias.

El primer reloj del cual tenemos noticia, construido por Francisco Yeregui es el destinado a la iglesia parroquial de Betelu. A este trabajo se comprometió por escritura de fecha 15 de abril de 1796. Por dicho documento conocemos que el artesano leizarra haría el reloj «con su péndulo real, cinco ruedas de bronce, los ejes torneados, piñones acerados y templados y con cuerda para veinticuatro horas, entregándosele el viejo (que era de 1748) y pagándosele la cantidad de ochenta y seis ducados, siendo de su cuenta el conducirlo y plantarlo en su sitio para el día de San Pedro próximo, y también el conservarlo en los seis años primeros vinientes, haciendo a sus expensas cualquiera

composición que ocurra, dándosele únicamente durante lo ejecute (sic), por la villa, los alimentos y fragua libre; ...debiéndose pagar otros ochenta y seis ducados por mitad entre la iglesia y villa, a cuarenta y tres cada uno...».

Este reloj colocado en la torre parroquial de Betelu daba las horas y medias, y a las tres de la tarde tañía treinta y tres campanadas, con las que quería recordar la muerte del Redentor. Hasta el 1962, año en el que fue sustituido por otro de la firma Murua, de Vitoria, reglamentó la vida de este pueblo.

Con fecha poco posterior a este su trabajo de Betelu, en 1802, en el libro de cuentas de Inza aparecen seis reales y medio pagados por un solivo para el cajón del reloj. Y en 1805 figura cómo le fueron entregados sesenta pesos fuertes y dos reales y medio al relojero de Betelu «para el cumplimiento del plazo del reloj».

Otro de los relojes construidos por Francisco Yeregui era el colocado en Burlada. En este contrato, que lleva fecha 12 de marzo de 1821, y Francisco Yeregui figura como vecino de Betelu, entre otros detalles más o menos interesantes se especifica que «la queda que toca a las ocho en el invierno y a las nueve en el verano... que dicho Yeregui se obliga a tener corriente en cuatro años dicho reloj, siempre que no siendo el defecto por alguna torpeza del que lo maneja...».

Es muy verosímil suponer que Francisco Yeregui, a raíz de su trabajo de construcción del reloj para la iglesia de Betelu, en cuyo contrato hemos podido ver cómo por parte de la villa se le concedía fragua libre, cambió de domicilio. Abandonaba Leiza para establecerse en Betelu, en la casa «Etxetxo». Esta casa, que desapareció hace cuatro o cinco años, se levantaba contigua a la actual, que es conocida por el mismo nombre.

A Francisco Yeregui le vino a suceder su hijo Juan Manuel, que si nació en Leiza, el año 1795, la vida laboral, hasta su fallecimiento en 1848, la llevó a cabo en la fragua de «Etxetxo».

Juan Manuel, en 1843 figura como elector en Betelu, y del mes de marzo de este año conocemos un contrato firmado entre este relojero-herrero y el Concejo de Lizarraga, por el cual Yeregui se comprometía a construir un reloj para la citada localidad navarra, teniendo como fecha tope para realizar su obra el día de San Fermín del mismo año. Entre los relojes construidos por este artesano citaremos el de la parroquia de San Lorenzo, de Pamplona y el que desde el 1849 (año siguiente al de su muerte) se puede contemplar en la fachada del Ayuntamiento de la capital navarra. Así como era de Yeregui uno colocado en Aránzazu, en cuyo archivo aparece un asiento que dice: «Coste del reloj de la torre, 4.200 reales. Conducción, sogas y caseta y colocación, 3.672 reales. Agosto de 1853».

ARTESANOS RELOJEROS

Juan Manuel Yeregui tenía un hermano llamado Juan Francisco, y el hijo de éste, de nombre Juan José, que es el que figuraría al frente del taller, casó con su prima, Francisca de Yeregui, hija del ya varias veces citado Juan Manuel.

Juan José Yeregui nace en Betelu el año 1819, y termina sus días en la misma villa, en 1887. Trabajó en la fragua de «Etxetxo» y montó varios relojes. Transcribiremos un contrato relacionado con la forma de pago, firmado por este artesano y los representantes del pueblo de Espinal, y cuya data es el 1884. «Con esta fecha... ha entregado y colocado el reloj el señor don Juan José Yeregui, vecino y relojero de Betelu, por la cantidad de tres mil quinientos reales de vellón, pagaderos en la forma siguiente:

Se le entregarán de presente, o sea, en el primer plazo, mil reales. Se le entregarán en el segundo plazo, que caducará en la misma fecha del año 1885, mil doscientos reales, y en el tercer plazo y último, que caducará en igual fecha del año 1886, se le entregará lo restante para el completo del pago, o sea, mil trescientos reales. Y para que conste al pueblo y al dicho relojero, damos la presente...».

Tengo a la vista otro contrato firmado entre el pueblo guipuzcoano de Alzaga y Juan José Yeregui, que lleva fecha del 12 de abril de 1877, y el cual, por la riqueza de detalles, nos descubre que los representantes de este pequeño municipio no quedaban atrás en hilar fino a nuestro artesano. Pero lo omitimos traer a estas columnas, puesto que lo que llevamos apuntado más arriba nos es más que suficiente para hacernos una idea de cómo se formalizaban los contratos municipio - artesano relojero.

A Juan José Yeregui le vino a suceder su hijo Bonifacio. Este es el cuarto herrero-relojero de la dinastía, que trabaja en la misma fragua de Betelu. Con Bonifacio, que nacido en Betelu en 1850, muere en la misma villa el año 1911, aprendió el oficio otro herrero que, con los años, establecido por su cuenta, primeramente en Albiztur y más tarde en Tolosa, destacaría por su habilidad en el trabajo, y del cual hoy son dignos sucesores sus hijos y nietos. De Ignacio Zubillaga, que así se llamaba este «errementari», nos ocupamos en un pequeño trabajo publicado anteriormente.

De los relojes construidos por Bonifacio Yeregui citaremos los de Marcilla, Saldías, Gainza (de Navarra) y Villanueva.

El año 1884 llegaba al mundo Andrés Yeregui. Andrés, el actual «errementari zarra» de Betelu, es hijo de Bonifacio, y fiel a la tradición familiar, pasó el período de aprendizaje en su villa natal, en la casa «Etxetxo», junto a su padre.

Andrés es un hombre más bien alto y de cara sonrosada. En sus ojos claros se trasluce una mirada viva y perspicaz. De afable y amena conver-

sación, su memoria sale de lo corriente. El «errementari zarra» es un archivo viviente de la vida de Betelu. Viéndole, por un algo que está más allá de nuestra razón, nos figuramos cómo fueron sus antepasados los artesanos herrero-relojeros que trabajaron en la fragua de «Etxetxo».

En su oficio y dentro del campo manual en el cual se ha desenvuelto, Andrés Yeregui ha sido un consumado artista. Tanto en el acabado más perfecto de los trabajos considerados de rutina como en aquellos otros que se prestaban a introducir interesantes innovaciones, ha dado continuas pruebas de su competencia.

Entre los relojes construidos por este artesano tenemos los de Izurdiaga, Igoa y Latasa, este último colocado el año 1914.

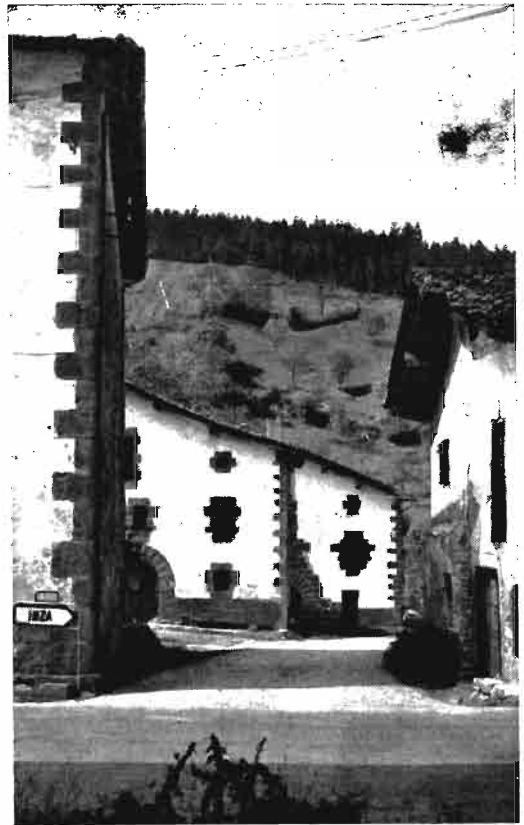
El hijo de Andrés Yeregui ha orientado la vida cara a otras actividades. Así, de esta manera, desde hace cinco años no despide calor la fragua del último Yeregui herrero de Betelu. Desde esa fecha permanece cada vez más fría y cada vez más olvidada.

El «errementari zarra» de Betelu, octogenario y ligeramente encorvado por el peso de los años, muchos de esos días que invitan a estar al aire libre, pasa parte de la jornada junto a su nueva casa de «Etxetxo», sentado en un largo banco de madera. Corresponde, atento, al saludo de sus paisanos, y sin poder evitar, contempla y sufre el estridente movimiento de la carretera. Con Andrés Yeregui no sólo desaparece una faceta industrial de esta villa navarra, sino que con él, entre nosotros, se extingue una dinastía de artesanos de rancia solera.

La obra de los Yeregui —y aquí, como a su debido tiempo quedó señalado, nos hemos limitado a los que tuvieron la fragua en Betelu, ya que otro, Benito Yeregui, que construyó y colocó numerosos relojes de torre, tuvo la fragua en Aguinaga— en este campo de la relojería ha sido dilatada y rica. Aunque hoy, después de muchos años de servicio, algunas de las máquinas por ellos montadas han sido sustituidas por otras más modernas, como, por citar algunas, es el caso de Betelu, Baraibar y Gorriti, conocemos, repartidos por diferentes pueblos navarros y guipuzcoanos, y en número que dista mucho de ser exhaustivo, más de sesenta relojes construidos por esta familia de artesanos.



Ayuntamiento de Pamplona, con el reloj
construido por Juan Manuel Yeregui.
(Foto Juan Garmendia.)



Casas de Betelu.
(Foto Juan Garmendia.)



Junto a su casa, el errementarizarra Andrés Yeregui.
(Foto Juan Garmendia.)

